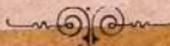


# LA HAZAÑA DE COVADONGA

POR

Antonio Cánovas



FAN  
XX  
2342

MADRID

1924

860-34  
CAN  
haz

**NO SE PRESTA**

Sólo puede consultarse  
dentro de la sala de lectura

# LA HAZAÑA DE COVADONGA

CUENTO SENTIMENTAL

POR

ANTONIO CÁNOVAS

R. 18.085

MADRID

1924



NOVENA EDICIÓN  
DE 10.000 EJEMPLARES.

Este libro se vende, aunque no se compre, en todas  
las principales librerías de Ortiguera, Villalba y Val-  
: :-: demoro, al precio de **Pesetas 4,95** :-: :

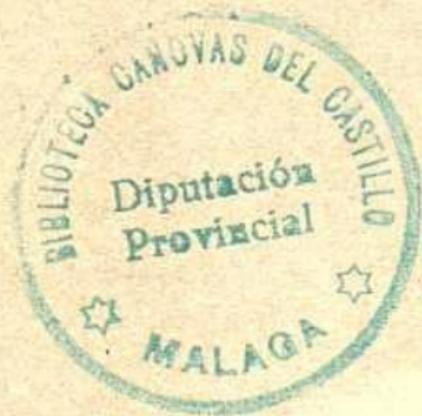
A la Señorita

## Carmen Jardón y Torroba

Homenaje y recuerdo cariñosos de su viejo  
amigo.

EL AUTOR.

16 de Julio de 1924.







# I

## San Pelayo

Para dar una idea aproximada de la encantadora residencia del hidalgo D. Juan de Dios Folgueras, Arcediano de Oviedo, que fué durante muchos años, y en el momento que comienza esta historia, humilde y retirado clérigo, hubiera sido necesaria la áurea pluma de Pereda, maestra consumada en la descripción de paisajes, casucas y rincones montañoses y asturianos.

Aquella pluma únicamente hubiese acertado a retratar lo pintoresco, íntimo, apacible y

patriarcal de la modestísima vivienda en la que, el octogenario sacerdote, pasa tranquila, obscura e inadvertidamente su vejez acompañado del cariño y la solicitud generosa de sus dos hermanas, Martina y Covadonga, mucho más jóvenes que él, aunque ambas hayan ya transpuesto el medio siglo.....

Porque está la heredad de *San Pelayo* como escondida en la hondonada más profunda del valle que lleva su nombre, en los alrededores de Navia; aislada del resto de Asturias por los montes de Jarrío y Ansilán, vestidos de pino marítimo; por las tierras de Coaña, tan profundas en castaños y robles centenarios, y los prados y maizales que, siguiendo las ondulaciones y desfallecimientos de las tierras, parecen alfombra de esmeraldas tendida desde las cumbres hasta los márgenes del Meiro, vivero, por cierto, de exquisitas truchas.

Rompen la monotonía de tan dilatada sucesión de verdes, ruinosos y pobres caseríos, brañas miserables, mal cubiertas de pizarra, y desperdigadas chozas, albergues todos que pugnan por dejarse ver, asomándose, a tre-

chos, por entre los boscajes que les circundan ahogándoles, las hileras de eucaliptus que bordean, cabeceando sin cesar, la carretera que conduce de Navía a Castropol, las enrevesadas curvas de atajos y veredas, y muy envuelto en brumas, a distancia, el campanario medioeval de la Rectoral vieja de Mohias.....

La *casa* de San Pelayo, por supuesto, el vetusto solar de los Folgueras, no tiene nada de particular ni de chocante. Es una construcción reducida, al estilo del país, y abigarrada dentro de su pequeñez. Carece de pretensiones, lujos y apariencias. Pulcra y limpia, sin embargo, por estar encalada como los cörtijos andaluces, parece acurrucada junto a una capillita en la que celebra Misa el Arcediano, y se abre los días de guardar, para que cumplan el precepto los devotos del contorno.

Pero, lo que ya no resulta tan vulgar ni tan corriente, es lo que rodea al conjunto de pequeños edificios, a la vivienda propiamente dicha, a las cuadras, establos, pocilgas, gallineros, y a la panera con sus seis robustos pegollos de ancha cabezota y abultado vientre.....

Como guardianes defensores y encubridores de la casa de D. Juan de Dios, se levantan junto a ella carbayos seculares, que proyectan sobre las paredes, los corrales y las plazoletas empedradas, densas sombras.... Higueras de armadura retorcida, se recuestan en los muros, como para poder resistir la pesadumbre de su dulce fruto. Manzanos y perales de soberana lozanía, tejen con sus ramas un túnel que desemboca en el campillo de las hortalizas.... Castaños venerables, defienden de las iras del sol la floración de las enormes y azules hortensias. Laureles robustos, aprovechan los contados claros para elevar al cielo sus ramas victoriosas . . . Y otra porción de árboles, arbustos y plantas de menor categoría, nacen igualmente donde les queda un palmo de tierra para poder vivir en medio de la profusa y heterogénea aglomeración de vegetales. ... que hace de *San Pelayo* un oasis de bellezas, aun en el valle que, por delicioso y fértil, merecía ser cantado de Virgilio.

Viendo *San Pelayo*, visitando *San Pelayo*, se siente vehemente nostalgia de recogimiento,

paz, silencio y soledad, Principalmente cuando se entra en la mansión de los Folgueras, con el espíritu cansado de la vida de Madrid, es inevitable el ensueño de alejarse del mundo y sustraerse a sus estruendos, el pensar en la delicia de vivir en íntimo contacto y amistad con la madre tierra, para acercarse al origen único y divino de la felicidad eterna.....

Que es como viven, por fortuna suya, el Arcediano y sus hermanas, ocupados en el cuidado de la diminuta hacienda, en el trajín de su huerta, en el regalo y solicitud que exigen las vacas, los cerdos, las cabras, los conejos, las gallinas, las palomas, las ovejas, un burro, tres gatos, dos mastines que valen por una pareja de la Guardia civil, y cuatro o cinco canarios que se pasan el día desgañitándose en sus jaulas de cañas y enseñando a cantar a las aves libres que suelen ir a hacerles compañía, columpiándose sobre las ramas próximas y, a la menor alarma, se ponen en salvo perdiéndose en el aire.....

Y no se deduzca de esta enojosa descripción que sea *San Pelayo* ni una posesión vasta y

palaciega, ni una formidable explotación agrícola, ni un negocio de ganados o de bichos..... Es, solamente, una granja microscópica, cuyos encantos no provienen de su valor como material hipotecable, sino de su aroma campestre, de su carácter entre clausttral y bíblico, que invita a acariciar la idea de hacerse uno ermitaño, con tal de que la ermita sea *San Pelayo*.



## II

### El amo y señor de «San Pelayo»

Abocetada la decoración en que va a representarse casi todo nuestro drama, precisa, que, para proceder con el debido método, presentemos, cuanto antes, a los amos y señores del refugio y vergel de *San Pelayo*.

Don Juan de Dios Folgueras, tiene toda la apariencia de una figura pintada por el Greco. Especialmente cuando se reviste con los sagrados ornamentos, recuerda a los clérigos escuálidos que entierran al Conde de Orgaz. Dijérase el propio Obispo que, no queriendo

aguantar más visitas de extranjeros en Santo Tomé, se hubiera ido a esconder en las entrañas de Asturias. Alto, flaco, anguloso y aviejado, pero saludable y fuerte, no le falta más que un poco de bigote, para evocar, también, la silueta amojamada y larguiducha de Don Quijote de la Mancha. Cetrino y oscuro de color, la mirada penetrante y viva (pero rebosante de dulzura, de bondad y de paciencia), la nariz grande, corva y afilada como pico de águila, pómulos salientes, boca con escasos e inseguros huesos, y barbilla puntiaguda, Don Juan de Dios Folgueras, o el Arcediano de Oviedo, como se le sigue llamando en la comarca, es un sacerdote, venerable y ejemplar, que inspira vivas simpatías.

Así como a los delincuentes empedernidos, avezados al crimen, se les suele conocer en la cara lo bajo y peligroso de su condición, al sencillo presbítero, vecino de San Pelayo, le resplandecen en el rostro sus virtudes. Predominan en su ceño la conformidad, la resignación, la sumisión a todo cuanto le sucede, y él estima que es siempre la sabia voluntad de

Dios, y, en su gesto, imperturbablemente afa-  
ble, la benevolencia, la modestia, y la caridad  
para con sus prójimos, los más humildes.....

Quieren a D. Juan de Dios cuantos le tratan  
y, cuantos no tienen tal fortuna, no escuchan  
sino elogios de él. Es, para sí, tacaño, y, para  
los pobres, generoso hasta la prodigalidad. Su  
única debilidad conocida, es la adoración que  
profesa a sus hermanas, a las que mima como  
si fueran sus hijas. Y, finalmente, es fama y  
convicción en toda Asturias que, el día que  
D. Juan de Dios se muera, le sorprenderá tan  
preparado para el tránsito, que irá derecho al  
cielo, a gozar inmediatamente de la bienaven-  
turanza prometida a los pobres de espíritu,  
con su balandrán raído, su gorro de despelu-  
chado terciopelo, y su inseparable paraguas  
encarnado.....

A pesar de sus ochenta años, muy corridos,  
saludable y ágil como está, salta todos los días  
de su cama en cuanto sus gallinas (que le sir-  
ven de despertador), le avisan de que se aveci-  
na el alba. Se asea, porque es muy mirado y  
pulcro, reza sus horas, y, salvo los domingos,

cuando la dice más tarde, celebra la misa coincidiendo con la aparición del sol. Se asoma, luego, a la ventana de su Sacristía, mira al cielo para hacer pronóstico del tiempo, otea el campo, bendice a Dios porque le permite verlo todo un día más, y se desayuna tomando a pulso, y muy despacio, un tazón de chocolate, sin leche, muy espeso, y que embebe en unas tortas que, especialmente para él, confecciona la *Bugalla*, la confitera del desolado y mustio Ribadeo. Enemigo jurado de la leche (a lo que atribuye su longevidad), calma la sed que le produce el chocolate con agua clara de que le surte un manantial cercano, y él endulza con los azucarillos o panales tostados del cazo que le hacen sus hermanas.

A renglón seguido, lee, desde el título al pie de imprenta del periódico católico que le envían de Oviedo, y cumplido, con esto, su ritual matutino, se recoge la sotana, y baja a visitar su huerta, donde, empuñando el apero que procede, cava, escarda, poda, arranca, siembra o riega, según la necesidad y la estación. Igualmente con los hábitos talarés, de que no

se despoja jamás, inspecciona luego los establos, reparte los piensos, da vuelta a la piara para que se vaya al prado, conduce su vaca al abrevadero, echa un vistazo a las colmenas, recoge peras, higos o manzanas para el postre, y, perseguido, por donde quiera que va, por un enjambre de gallinas y polluelos, con sus gallos, y una nube de palomas, se sienta, finalmente, sobre el tronco muerto de un castaño, y se divierte arrojando en torno de sí fuertes puñados de trigo, de arroz y de maíz que, a picotazo limpio, glotonas, devoran en un santiamén las aves que tienen toda la extensión de la finca por corral.

En tales, o análogas faenas, le sorprende el mediodía, y la voz de sus hermanas que le llaman a comer el pote del país o la fabada.... con más algún plato de pescado o marisco de Ortiguera... y una ligera ensalada de naviza...

Y a cambio de no tomar café ni de fumar, se regala con la delicia de una breve siesta, que duerme en un sillón antiguo, tapizado con pieles de borrego, para despertar, como nuevo, a la hora en que, cuando era Arcediano, se

marchaba a la Catedral para rezar las vísperas.....

Las tardes, las dedica a continuar o concluir lo que emprendió por la mañana, a dar largos paseos los raros días que no llueve, a visitar enfermos o desvalidos en los alrededores, y a recibir, cuando se queda en casa, las visitas de sus amistades. Al toque preciso de oración, reza, primero, el Angelus, llama en seguida a toda la gente de su casa, para que recen con él el rosario, cena parcamente, lee, de sobremesa, y en voz alta para que la oigan sus hermanas, la historia del santo del día, que comenta con reflexiones y apostillas personales, y, cuando ha cumplido lo que él llama sus deberes, y siente que los párpados se le cierran y que su cuerpo experimenta la nostalgia de la cama, abraza, tiernísimamente, a Martina y Covadonga, las dá también su mano a besar, y se recoge en su alcoba, donde nunca dan las diez sin que ya se escuchen sus ronquidos.....



### III

## Martina y Covadonga

Vida parecida, por no decir que idéntica, salvo las consiguientes diferencias consiguientes de sexo y condición, llevan las hermanas de D. Juan de Dios Folgueras, que tienen, para el mejor orden, repartidas sus obligaciones en la casa.

Martina es la superintendente que entiende en los menesteres de cocina, aprovisionamiento de víveres, lavado y repasado de la ropa..... Y, Covadonga, ejerce de Ministra de Hacienda, pagando y cobrando, llevando las cuentas,

administrando el peculio de los tres, y contestando la correspondencia.

Ambas hermanas distan mucho (ya lo hemos dicho), de ser jóvenes, oscilando entre el medio siglo y los sesenta años. Las dos están acartonadas y padecen alifafes; pero, aunque viejas y gastadas, revelan que debieron ser, en sus tiempos, hasta guapas. Tienen las facciones regulares, el cuerpo airoso, y el cutis suave y limpio, a pesar de curtido por el sol y el aire libre, de las personas que nacieron finas. Y en lo que son tan iguales, que no lo fueran más siendo gemelas, es en lo buenas y simpáticas. Se producen con familiarísima llaneza, ignoran toda afectación y, a fuerza de obsequiosas y corteses, bordean hasta el empálagos.....

Muy bien educadas, y afinadas luego más en la escuela de urbanidad de su venerado hermano, resultan encantadoras en el trato. Hemos consignado el dato de que debieron ser bonitas; pero, igualmente, debemos añadir, y aun salta a la vista, que Covadonga lo fué más que Martina. Covadonga tiene todavía un par

de ojos que convencen por lo insinuantes y vivaces. Se comprende que, en sus mocedades, trastornaran a los galanes más pacíficos de Navia. Y, por si fuera poco, dicen los que la conocieron de muchacha, que era, a más de linda, y de gracilísima figura, un portento de buen sentido y de talento natural. Tuvo un juicio y una inteligencia que, mejor cultivados, hubiesen quizás producido una Pardo Bazán asturiana. Sus palabras eran medidas, sentenciosas y discretas, su imaginación muy grande. Asimismo se decía que, de nacer varón, hubiera llegado a valer y ser más que su hermano.

Y si estas facultades se juntaron siempre en la que, hasta cierto punto, va a ser la protagonista de esta historia, podemos añadir que no ha perdido, con la edad, ninguna de aquellas cualidades, y que, en todos sus actos, revela una grandeza de alma excepcional.

Así son el varón y las dos hembras que vegetan en el paradisiaco *San Pelayo*, no debiendo creérseles bien acomodados con exceso, por la holgura de su vida. La riqueza es lo más relativo y abstracto del mundo. Proviene,

salvo en casos muy contados, de la diferencia entre lo que se tiene y lo que se gasta. Un menestral que gana, y lleva a su casa trescientas pesetas mensuales, y no gasta más que la mitad, guardando lo restante, es poderoso. Y viceversa: un industrial que obtenga de su negocio cinco mil pesetas mensuales, y gaste seis, puede considerarse en la miseria.

Así, la familia de Folgueras, carece de fortuna, pero nada casi en la opulencia porque, según las cuentas bien llevadas por Martina, todos los meses ahorran más de lo que invierten en los naturales gastos de su existencia monótona.....

\* \* \*

Y no perdamos más tiempo en describir decoración y personajes, y entremos de lleno en el cuento de lo que nos interesa.



## IV

### Las sorpresas del correo

El anciano clérigo y sus dos hermanas, suelen sentarse, a la caída de la tarde (cuando el tiempo es apacible), ante la entrada principal de *San Pelayo*, o sea en el boquete más ancho de la cerca de piedra pizarrosa que rodea su finquita y que, a trechos, oculta una espesa maraña de hiedra y zarzamora. Allí dando cara a los picos de Jarrio, y a poca distancia del apenas transitado camino de Coaña, se pasan lo que tarda en oscurecer, contemplando la majestad y la poesía

eterna del crepúsculo, observando la variedad de los celajes que enciende en tintas rojas la cotidiana desaparición del astro rey tras las montañas, y, la cautela con que las sombras van surgiendo del fondo de los bosques, para tenderse sobre el valle y sumir en tinieblas los prados, los sembrados, las frondas y los márgenes del Meiro, el murmullo de cuyas aguas se percibe más en el silencio augusto de la tarde.....

La en que comienza este cuento, tarde tris-  
tona de otoño, fría, húmeda y amarillenta,  
estaban los tres Folgueras sentados, como de  
costumbre, en el sitio que hemos dicho, y  
sin despegar los labios, absortos y distraídos  
con la visión de las nubes plomizas que  
amontonándose en el horizonte, producían el  
efecto de ser nuevas y más lejanas cumbres  
de otras sierras. Ráfagas de viento muy re-  
vuelto, hacían estremecerse y chocar las co-  
pas de los altos árboles.

La estancia al aire libre, se iba haciendo  
molesta por momentos. Pero los Folgueras,  
o por el hábito adquirido, o por el gusto que

experimentaban en la contemplación de los elementos trastornados, no abandonaban su consuetudinario observatorio. Se acreditaban con ello de valerosos y de sentimentales porque, por poco idealista y soñador que se sea, resulta difícil sustraerse a la emoción melancólica, pero intensa, que sugieren la soledad del campo y el estertor del día.

Involuntariamente, se medita sobre el acabamiento de todo lo creado, y en la tremenda semejanza entre un día y nuestras vidas, que sería igualdad de no diferenciarles el que los días se renuevan y, nuestras vidas, una vez concluidas, no volverán a ser ya nunca más.....

De repente, rompiendo el mutismo en que se hallaban, exclamó Martina:

—Deben de ser cerca de la siete, porque ya se ve venir hacia aquí a Rey Velarde.....

Y era la verdad. Rey Velarde, el peatón que lleva la correspondencia desde Navia a Jarrío y Ortiguera, había aparecido en lo alto de la cuesta de Jarrío, y descendía hacia el valle, cargado de valija y apoyándose en su vara.....

Pero como en el reparto del anochecer no solía traer, y eso raras veces, más que cartas y periódicos de Navia y de Luarca, dejados en sus respectivas administraciones por el coche de línea de Gijón, el viejo Arcediano y sus hermanas, no concedieron importancia al suceso, y prosiguieron en actitud contemplativa, disponiéndose a ver pasar al peatón, indiferentes, por frente a *San Pelayo*, y sin más conversación que la del cambio de las *buenas tardes*.

Júzguese, pues, de la sorpresa con que las dos mujeres y el Cura, verían que, al aproximarse Rey Velarde, abandonara el camino vecinal, para tomar por la vereda que era atajo de su casa. Indudablemente, traía algo en su cartapacio para ellos.

Y lo traía, en efecto pero no para el Arcediano, sino para su hermana Covadonga. Era una carta abultada, y de letra conocida, franqueada con timbre portugués y matasellos de Lisboa.

Covadonga cogió el sobre, frunció el ceño en cuanto adivinó quien la escribía, gratificó a Rey

Velarde y, en cuanto éste se había despedido y alejado, dijo gravemente a sus hermanos:

—Es carta de Juan Reyes. ¿Para qué me escribirá?....

—En cuanto la leas lo sabrás,—exclamó, también curioso el Arcediano.—Vámonos a casa, y tendremos mejor luz ....

Levantaron el campo y se recogieron, entrando en el comedor del piso bajo, encendiendo la lámpara, y sentándose de nuevo alrededor de la mesa.

Covadonga rasgó el sobre, y en voz alta, como si la carta viniese dirigida a toda la familia, dió lectura de ella. Decía así:

«Inolvidable y querida Covadonga. Te escribo en el momento más trascendental y decisivo de mi vida, a bordo del trasatlántico *Cap-Polonio*, que hace estación en Lisboa, y con rumbo a Buenos Aires. Me expatrio por tiempo indefinido, siendo lo más probable que no vuelva más a España, y muera como un perro en la Argentina, en Chile, o en donde a Dios se le antoje.....

»La adversidad más implacable, cruel y  
»feroz para mí durante los últimos años, ex-  
»tremó sus rigores en el último, y me ha  
»hundido en la miseria. Estoy totalmente  
»arruinado. Robando al usurero que me tenía  
»dado dinero con la garantía de los muebles  
»de mi casa, se los he vendido a otro, y he  
»podido reunir lo indispensable para el pa-  
»saje, en tercera, en que viajo, y para no mo-  
»rirme de hambre durante unas semanas.  
»¡Esta es toda la fortuna que me queda! Dejo  
»en Madrid, por supuesto, deudas que pasan  
»de quinientas mil pesetas..... Las mismas  
»que hacían imposible ya mi vida ....

»He dudado mucho antes de escribirte,  
»porque ya que no haya podido proporcionar-  
»te una sola alegría verdadera, me violentaba  
»darte este disgusto. Pero me ha faltado va-  
»lor para marcharme, casi seguramente para  
»siempre, sin despedirme de quien tanto qui-  
»se, y, aún a trueque de que una vez más  
»llores por mi causa, te confieso mi desgra-  
»cia, mi situación, mi huída y mi temor de  
»no volver a verte más.....

»¡Ahora! En esta hora para mi suprema,  
»es cuando comprendo la ceguedad de no ha-  
»ber hecho de tí, oportunamente, el verda-  
»dero Angel de mi guarda!..... Tú, además  
»le hacerme a mí feliz, hubieses cambiado,  
»enderezándola hacia el bien, el curso de mi  
»vida. ya truncada..... ¡Quizás lo que me su-  
»cede es el castigo que, a falta del tuyo, me  
»impone la justicia de la Providencia!..... ¡Lo  
»tengo bien merecido!.....

»¡Ten piedad de mí y perdóname. Perdona  
»mi ingratitud, mi veleidad, mi largo engaño  
»y mi abandono!.... Sí, puedo jurarte, en este  
»instante en que la mentira es inútil e imposi-  
»ble, que te he querido siempre, y que has sido  
»la única mujer que no ha salido de mi corazón,  
»desde el día en que te adueñaste de él, aquel  
»día de San Agustín..... en Ortiguera.....

»Te juro, también, que voy muerto ¡Muer-  
»to de vergüenza, y anonadado de remordi-  
»mientos! En Madrid dejo fama de ladrón, de  
»persona perversa y calavera. Hasta los que  
»fueron mis amigos, hablarán a estas horas,  
»y casi con razón, mal de mí.

»En el mundo, Covadonga de mi alma, se  
»puede ser todo menos pobre. El delito que  
»no se perdona es el de no tener dinero. Más  
»de lo que he hecho se me pasaría y se dis-  
»culparía, con veinte mil duros de renta.  
»Pero, sin un céntimo, todos huyen de mí y  
»todos me condenan. Mientras parecía rico,  
»con el dinero que me procuraba a costa de  
»lo que fuera, mientras me vieron triunfar y  
»derrochar, nadie se metía en mi vida pri-  
»vada. Hoy que me saben en la ruina, hasta  
»mis íntimos me vuelven la espalda y me re-  
»tiran su mano.

»Agotados todos mis recursos, sin un ami-  
»go que quiera y pueda salvarme, huyo de  
»España, y de sus cárceles, cobardemente,  
»abochornado, pesaroso, y lamentando que  
»me falten ánimos para dispararme un tiro.

»En este instante cumbre de mi vida, so-  
»breponiéndose a mi desesperación y mis re-  
»mordimientos, me amarga, querida Cova-  
»donga, el recuerdo de mi pobre madre.....  
»¡Qué martirio el de pensar en ella!..... ¡Ya  
»no he de volver a verla!..... ¡Sabes que tiene

»más de ochenta años..... e ignoras que no  
»he podido dejarla ni para que coma pan los  
»días que la resten aún de vida! ¡Pobre  
»mamá!..... Es como tú, o más que tú, una  
»víctima de mi insubstancialidad, de mi locu-  
»ra y de mi desenfreno..... Tú tienes a tu  
»hermano y a Martina, y estás en posición de  
»que no te falte nada aunque vivas cuantos  
»años te deseo..... Pero, mi madre queda  
»sola, y sin otros bienes de fortuna que su ca-  
»sita de Luarca, que tendrá que abandonar  
»en cuanto, próximamente, venza la hipoteca  
»que yo hice sobre ella..... ¿Qué hará enton-  
»ces?..... ¿De qué comerá?..... ¿Cómo mori-  
»rá?.....

»Te la recomiendo, Covadonga. Si algún  
»día sabes que está enferma, o en trance de  
»muerte, socórrela con alguna limosna.....

»Odiame a mí por lo que hice contigo.  
»Pero no odies a mi madre que te quiso siem-  
»pre, y quería, además, que tú, siendo mi  
»mujer, fueses hija suya.....

»Es mi último ruego, y te lo hago hincado  
»de rodillas y ahogado por el llanto...

»Abraza a Juan de Dios y a Martina, de mi  
»parte. Despídeme de ellos, y que también  
»ellos me perdonen.....

»Y tú Covadonga de mi alma, a pesar de  
»mi maldad, a pesar de lo miserablemente  
»que me he portado contigo, perdóname  
»igualmente y no dudes de que te quiso, te  
»quiere y te querrá mientras viva..... tu apa-  
»sionado,

*Juan.»*

P. D.—Tengo tanto interés en saber que  
has recibido esta carta, que te agradecería en  
el alma me telegrafiasen a Santa Cruz de Te-  
nerife, donde este barco hace escala. ¡Por  
Dios no dejes de hacerlo!.....



## V

### Historia retrospectiva

Acabada que fué la lectura no interrumpida y escuchada con mucha atención de la carta, los tres hermanos se miraron, cambiaron entre sí unos cuantos fruncimientos de entrecejo, y permanecieron largo rato silenciosos y meditabundos.....

Ni siquiera Covadonga parecía conmovida o afectada..... De no saber quienes y como eran los amos de *San Pelayo*, cualquiera hubiera dicho que, ninguno de ellos, tenía corazón.

D. Juan de Dios, fué quien, al cabo de mucho tiempo, rompió el hielo diciendo:

—Mañana hablaremos de esto. Limitémonos, por esta noche, a pedir a Nuestro Señor, en el Rosario que vamos a rezar, conceda al viajero lo que le convenga.....

Y abandonando su sitio, poniéndose de rodillas ante la imagen del Cristo de Candás que encerrado en un marco de madera de castaño, presidía el comedor, sacando el rosario del bolsillo y santiguándose, comenzó a musitar las preces del primer misterio.....

Sus hermanas y las dos criadas que habían acudido al llamamiento, le respondían devotísimamente, con las manos cruzadas sobre el pecho y la vista fija en la estampa del Santísimo Cristo que con tanta devoción venera Asturias.....

Mientras tanto, la carta de Juan Reyes, yacía abandonada sobre la mesa del comedor, moviéndose como cosa viva o que soplara algún fantasma, al impulso del airecillo que se filtraba por la puerta, y hacía también que no estuvieran un segundo quietas las corti-

nas de cretona que doselaban el acceso a la alcoba de D. Juan de Dios.

\* \* \*

La glacial indiferencia, en apariencia por lo menos, con que fué acogida la desesperada carta de Juan Reyes, necesita una explicación, y, vamos a darla, advirtiéndole que, ella, constituye nuestra historia o nuestro cuento.

Retrocedamos, pues, como han dicho y hecho siempre los buenos novelistas.

Cuarenta y tantos años antes de la escena que acabamos de narrar, era, D. Juan de Dios Capitán de Artillería, se batía bravamente en Cuba, y, por su valor heróico, ganaba una laureada de San Fernando. Sus hermanas, muy niñas aún, vivían entonces en Navia, con su madre.

Pasó algún tiempo y, coincidiendo con la postura de largo de ambas chicas, D. Juan de Dios, ahorcó el uniforme militar, como otros ahorcan los hábitos, pidió el retiro, volvió a España, entró en un Seminario, y, en poco

menos de un trienio, cantó su primera Misa en la Iglesia de los Jesuitas de Gijón. Un hombre de sus méritos, de su entendimiento y su carrera, llegó, en breve, a ser Capellán del Obispo de Oviedo, después Administrador de la Diócesis, y, tras de oposiciones brillantísimas, dignidad de Arcediano de la misma Catedral.

Sus hermanas, mientras tanto, eran de las muchachas que más bullían en Navia, despertando la admiración de cuantos las veían, y se apercebían de que, a sus encantos físicos, sumaban una excelente educación, y raras dotes de inteligencia y seriedad. No había feria, fiesta, romería, merendona, ni acontecimiento alguno, en aquella región del Principado, que no procurase asegurar y aumentar su animación y brillantez con el concurso de las señoritas de Folgueras.

Y, siendo así, claro está que no faltaron, cierto año que se podría precisar, a la romería de San Agustín, en la inmediata aldea de Ortiquera.

Ambas estaban en la plenitud de sus encantos y atractivos, y fueron las favoritas en todas

las funciones y festejos que se sucedieron, singularmente la pequeña, Covadonga, que mereció del inmortal poeta Campoamor, el privilegio y el honor de que la escribiese y dedicara la más tierna y apasionada de sus delicadísimas Doloras.

\* \* \*

El día de San Agustín, es muy solemne en Ortiguera. Por la mañana, se celebra, con gran pompa, una Misa cantada en la ermita del Santo Patrón erigida en la planicie de un peñasco que, temerariamente, desafía las iras infames del mar. Y, por la tarde, además de una brillante procesión, cuya salida y desfile pregonan estruendosamente millares de cohetes monstruosos, que bombardean los aires con explosiones de nitroglicerina y dinamita, hay feria animadísima, paseo, músicas a granel, parrandas que danzan la *giraldilla*, y, finalmente, un baile público y al aire libre, en el que toma parte toda la juventud del contorno, y suele durar hasta altas horas de la noche.

Es un espectáculo curioso y divertido, pero

que ensordece: a las detonaciones formidables que retumban y se oyen desde varias leguas a la redonda, de los cohetes, se añade el voltear de las campanas; el ruido ingrato y agrio de las gaitas; el redoblar de los tamboriles; los cantos de los pescadores (los mismos que entonaban los vasallos de Fruela); los gritos de los vendedores ambulantes ofreciendo baratijas, *ablanes*, mariscos y sidra; los chillidos de la chiquillería; las risotadas de los mozalbetes; las interjecciones de las mujerucas viejas, aposentadas en sus *tuyuelas*, y con toda la apariencia de monas irritadas; las conversaciones en voz alta de todos los concurrentes; las carcajadas, las bromas, los pregones y toda la demás algarabía de semejantes aquelarres.

\* \* \*

Si entre el bello sexo, eran las Folgueras las beldades más notadas, era Juan Reyes, el barbilampiño mayorazgo del Castañar, el favorito entre los hombres. No se distinguía, ciertamente, ni por su apostura ni por su talle distinguido. Pero, era él, el heredero de un ape-

llido muy hidalgo, el dueño de un solar de los más encopetados, y, lo que le faltaba de gallardía y de hermosura varonil, lo suplía con un desparpajo impropio de sus pocos años, y algo de gracejo que, a las veces, envenenaba con insidias. Con esto, y una audacia que bordeaba la insolencia, lograba sobresalir y ser notado, teniendo gran partido entre las señoritas de los concejos comarcanos, que veían en él algo diferente y superior, al montón de vulgares pretendientes de Navia, Luarca y Ribadeo.

Juan Reyes, decimos, que se paseaba, aquella noche, displicente y envanecido, por entre los puestos de golosinas, rifas y juguetes, examinando de refilón a las polluelas, como si no considerara a ninguna con méritos para bailar con él, se detuvo de repente y quedó perplejo un rato. Se había cruzado con Covadonga, a la que nunca, hasta aquella noche, había visto. Repuesto de la extraña impresión que le produjo, se informó de quién era, y se notificó a sí mismo que jamás sus ojos habían tropezado con una criatura que le interesara tanto.

Minutos después, comparecía ante la persona más respetable y conocida de la localidad, amiga de sus padres, D. José María Jardón, que estaba tranquilamente sentado a la puerta de su magnífica Quinta, y solicitaba del viejo marino, que hiciese el favor de presentarle a la señorita de Folgueras. La merced fué concedida, y la introducción fué hecha con la circunspección ceremoniosa y la prosopopeya que se estilaba en tales tiempos, tan diferentes de hoy. La consecuencia fué inmediata: en cuanto volvió a tocar la música, Juan Reyes, sacó a bailar a Covadonga.

La viveza del joven mayorazgo, deslumbró desde el primer momento a la muchacha. Aquel chico, que le había parecido feo, era, tratado, completamente distinto a los demás del pueblo. Covadonga se reía como una tonta oyéndole ridiculizar donosamente los traspies y tropezones de los otros bailarines. Para todos tenía una frase mordaz, aunque graciosa. Llevaba camino de ser un satírico temible.

Pero toda la sal, y la hiel, que arrojaba a las demás parejas, se convertía en dulcísimos al-

míbares, para ponderar a Covadonga, la abundancia sedosa de su cabellera negra; la obscuridad insondable de sus ojos, que Reyes, en un raptó de lirismo, comparó a los del hada misteriosa y legendaria que, las noches de tempestad, aparece flotando sobre las aguas del lago de Beiral; la frescura de su boca; las tintas de amanecer que arrebolaban sus mejillas; la brevedad inconceivable de sus pies de muñeca, y toda la demás retahíla de encarecimientos, que es uso y costumbre recitar a las muchachas, para prepararlas al escopetazo de una declaración amorosa fulminante.

Juan Reyes, que era maestro consumado en tales lides, y poseía un vasto repertorio de jactatorias para enloquecer, incluso a señoritas que le tenían sin cuidado, cautivado esta vez de verdad por los atractivos de la chica de Folgueras, echó el resto para atraerla y ponerla de su parte. Y tal maña se dió, que, al apagarse, por consunción de las velas, los faroles, al dispersarse el corrillo de la Quinta de Jardón, enmudecer las gaitas y los tamboriles, y marcharse cada mochuelo a su olivo, el amigo

Reyes había conseguido de Covadonga que le dijera que *sí*, provisionalmente, o en principio, y que le permitiese escribirla a *San Pelayo*.

La habilidad epistolar, particularmente la amatoria, era otra de las especialidades de Juanito. Sus primeras cartas a Covadonga fueron un prodigio de dialéctica apasionadísima. Claro está que, Covadonga, se hacía cruces, no atinando a comprender cómo, en el breve espacio de una noche, en un par de horas de broma y de conversación, había vuelto loco a aquel mancebo tan inteligente. Sin duda el encuentro con él, en la romería de Ortiguera, tenía mucho de providencial. De otro modo, era inexplicable que un joven reflexivo y de talento hablara como de la cosa más natural del mundo, de saltarse la tapa de los sesos, o tirarse de cabeza al mar, si Covadonga no correspondía, e inmediatamente, a sus afanes.

\* \* \*

El domingo siguiente, y advertida Covadonga ya de la visita, al declinar la tarde, se vió a

Juan Reyes, caballero en una jaca torda, y galopando airosamente por la vereda que baja desde Jarrio a San Pelayo. O por el efecto demoleedor de las cartas, o porque realmente Juan Reyes tuviera mejor figura a caballo que a pie, el hecho es que, a Covadonga, le pareció su pretendiente un hombre casi guapo.

Echó pie a tierra el jinete, ató a un árbol las riendas de su cabalgadura, y, entrando majestuosamente en *San Pelayo*, hizo su presentación con la solemnidad que el caso requería.

Allí contó, como era cierto, ser hijo único, por la muerte de sus dos hermanos, y que vivía, con sus padres, en la vieja casa solariega del Castañar, tan conocida en la comarca. Añadió que estaba para terminar su carrera de abogado, que había estudiado en Oviedo, y que, a falta de considerables bienes de fortuna, pues el mayorazgo estaba muy mermado, le sobraban alientos para alcanzar, con solo su trabajo, las más encumbradas posiciones.

Todo lo oía embobada Covadonga, gustando de la seguridad con que se producía su novio, y dando secretas gracias a Dios, por la

suerte que significaba el encuentro inesperado de semejante proporción.

La visita se prolongó hasta después de bien anochecido, y, no diríamos verdad, si recatásemos que, al volver a montar, en su caballo, Juan Reyes, despedirse cortesmente de la familia de Folgueras, y tornar a subir la pendiente de Jarrio, quedó en la más excelente opinión, no sólo de Covadonga, sinó de Martina, y de su madre,

Aquella noche, al dar las diez, se acostaba Covadonga, y después de rezar y quizás hacer promesas al Altísimo, apagó la luz y comenzó a dar vueltas en la cama, sin poder dormirse, pensando en la visita de su galancete, y haciendo, con su fantasía, multitud de castillos en el aire.....



## VI

### Viento en popa

Aquel verano, memorable para Covadonga y para cuantos aguantaron la irritante crueldad de sus rigores, se enamoró sin duda de las bellezas infinitas de que está plagada Asturias, se hizo el remolón y, con la insistente terquedad de los malvados, prolongó su áurea y ardorosa tiranía más allá del mes de Agosto, complaciéndose en seguir derramando sobre valles y montañas los candentes tormentos del sol, en abrasar con su luz de devoradora fogarata hasta las frondas más impenetrables y

frescas de los bosques, en mantener el cielo azul y sin nubes, durante varios días, y en aquietar las aguas del terrible mar cantábrico que por espacio de semanas, estuvo plano y sosegado como un lago de plomo derretido.

La gente que dependía del campo, temblaba por sus cosechas y suspiraba por el agua, viendo cómo los prados se secaban y languidecían los maizales; y, los párrocos de los concejos, a petición de sus feligresías, rezaban en la Misa la oración *ad petendam pluviám* y otras plegarias, impetrando la pronta caída, sobre la tierra sedienta, de unos cuantos aguaceros.

Pero, la gente joven, alegre y disipada, que no entiende de cosechas ni de meteoros, estaba loca de contenta con el tiempo, y lo aprovechaba de lo lindo, organizando nuevas diversiones y parrandas. Casi una nueva romería, fué la expedición extraordinaria, y fuera de toda costumbre que, las familias principales de la localidad, acordaron que se hiciera al *Cubo*, la pintoresca y amena rinconada que forma una de las curvas más enrevesadas del

río. Y no hay por qué ocultar lo que parecidos *gaudeamus* brindan de ocasiones a los jóvenes enamorados para cambiar, con libertad, al amparo de la tolerancia que autoriza el aire libre, chicleos y ternezas como las que, en el Cubo, cambiaron, sellando y formalizando sus relaciones, Juan Reyes, y Covadonga.

La vuelta a Navia, a la caída de la tarde, yendo todos embarcados y cantando, con las bandas de las lanchas ribeteadas de farolillos de colores, revistió una brillantez inusitada. El gaitero de Media Oreja de la Braña, hizo prodigios con su gaita, y Rosalía Fernández, la beldad rubia de Belmonte, junto a Pravia, a la que, un desengaño amoroso, enloqueció hasta el extremo de que intentara suicidarse, entonó varias *asturianadas* de esas que, teniendo alma, y conociendo Asturias, no pueden escucharse sin que el corazón se encoja, la garganta se apriete, y los ojos se llenen de lágrimas. ¡Cuánta poesía en las estrofas, y cuánto sentimiento delicado y armonioso en las cadencias!..... ¡Qué diferencia entre aquellos cantos regionales, saturados de melancólicas

nostalgias, y que evocan y recuerdan desde las altivas cordilleras de los Picos, hasta la humildad del prado, y el abyecto canto flamenco, grosero y fúnebre, que la chulería berrea en los colmados y tabernas mal olientes de Madrid y de Sevilla ....

Los alegres expedicionarios, regresaban todos sugestionados por lo augusto y solemne del crepúsculo, la quietud majestuosa del paisaje, la suavidad del curso del Navia, que seguía en su descenso a la marea, y la emoción que causaban los cantares,... Pero, Juan Reyes y Covadonga, que iban en la proa de una de las barcas, sosteniendo íntimo diálogo, consagraron además sus ilusiones y esperanzas con juramentos solemnisimos.....

Y aquella excursión no fué más que una entre varias, Tres días después, se celebraba una parecida al puertecillo de Viavélez, donde regatearon los faluchos *Virgen de Luján y Rayo*; y, casi a renglón seguido, hubo un almuerzo en Luarca, junto al mar, a la sombra de las rocas gigantescas que han socavado y carcomido las olas, a fuerza de lanzar, contra

ellas, durante siglos, trombas y montes de espuma ....

Pero, todo tiene fin, en este mundo, y venciendo la resistencia que oponía el canallesco verano, el salutífero otoño hizo su primera aparición en la comarca, precedido empero de amenazadores nubarrones, de horribonas tormentas y de lluvias torrenciales .... Descendió bruscamente la temperatura, y los campos, blanquecinos de polvo y desecados, se hartaron de beber, reluciendo como si los hubieran barnizado. En la punta de cada hoja, brillaban temblorosas gotas de cristal. Los baches de los caminos, se convirtieron en charcos. Y al acre perfume de la tierra mojada, se sumaron el olor de la niebla y el salobre del mar.....

La transformación hizo que se recogieran y se aislaran las familias que, en las regiones norteñas, sólo se comunican cuando, por casualidad, no llueve a cántaros.....

Interrupción que, naturalmente, no rezaba con los que, como Juan Reyes y su novia, habían hecho del verse una necesidad. El mayorazgo del Castañar, entonces en los albores de

su vida, se sentía cada día más apasionado de la joya que había descubierto en Ortiguera, y lo mismo si diluviaba, que si escampaba o lucía, por chiripa, el sol, no dejaba pasar ninguna tarde sin hacer una nueva visita a *San Pelayo*, con lo cual huelga decir que, sus relaciones, adquirieron el carácter de aceptadas y oficiales. Covadonga, alma pura y leal, espíritu inocente y sin pizca de malicia, correspondía a tales asiduidades cordialmente. De buena fe creía que tenía, en su Juan, el compañero que Dios le había de por vida deparado. Y, poco a poco, con la ingenuidad propia de quien no concibe la mentira, le fué dando su alma.... hasta quedarse sin ella. La subyugaban, la imaginación volcánica y fértil de Juan Reyes, su cálida manera de expresarse, la clarividencia de su juicio, la forma madrigalesca y romántica de sus galanterías, y, sobre todo, la rotundez con que afirmaba que la idolatraba ciegamente. que haría de ella su mujer, y que dedicaría, entera, su existencia, a quererla, servirla, agasajarla y proporcionarle la felicidad.

¿Qué doncella no se rinde, ante semejantes promesas y propósitos?.....

No una, sino varias veces, generalmente al aproximarse el fin de sus paseos casi cotidianos por las veredas y las trochas que circunvalan *San Pelayo*, Juan Reyes, recapitulaba sus discursos, hablando como él decía, *en prosa*, para formular el *programa* de un próximo futuro que, sobre poco más o menos, era del tenor siguiente:

Marcharse, él, en Octubre, a la capital de la provincia, para licenciarse y, una vez hecho Abogado, practicar en el bufete de un acreditadísimo Letrado de Oviedo, hasta que, su amigo y protector, el sabio Rector de la Universidad, le encontrase la colocación que a sus padres había prometido. Mientras tanto, se prepararía para hacer oposiciones a una Cátedra que pronto iba a vacar, y, así que la obtuviese, contando ya con su sueldo seguro, y la ayuda de sus progenitores, se presentaría al Arcediano, le pediría la mano de su hermana Covadonga, y, cuando ésta lo quisiera, irían todos a la gruta que, al iniciarse la Reconquis-

ta, guareció a D. Pelayo y sus huestes, y se casarían en paz y en gracia de Dios, poniendo su matrimonio bajo la protección de la Virgen.....

El *programa*, en todas sus partes, satisfacía de tal manera a Covadonga, que no se hartaba de oirlo, y aun de añadirle risueñas apostillas, saboreándolo de antemano como una especie de anticipo del cielo que se promete a los justos.....



## VII

### La primera nube

Se licenció en Derecho Juan Reyes, adquiriendo el *idem* de revestirse con la grave toga, cubrir con un birrete su cabeza, y presentarse ante los Tribunales de Justicia, para litigar, acusar, defender y enredar cuanto le viniese en gana.....

La grata nueva, fué acogida en *San Pelayo* con la alegría que era de esperar. ¡Daba comienzo el *programa* que acariciaba día y noche Covadonga, y, las cartas del flamante jurisconsulto, ratificaban con tenacidad!.....



Pero, insensiblemente, muy poco a poco, las primitivas seguridades de obtener la cátedra, y conquistar Juan una posición independiente en Oviedo, se fueron debilitando.... ¡Era muy difícil!.... Entre los opositores, figuraba otro muchacho, Melquiades Alvarez, a quien todos consideraban invencible. Don Fermín Cañellas, el Rector, comunicó a Juan Reyes que, ni por él, cometería una injusticia.... y, de otra parte, el bufete del Abogado en que Juan Reyes trabajaba, producía poco. Lo criminal, no dá dinero, y, los pleitos civiles eran más escasos cada día. La gente, en Asturias, se iba convenciendo de que la única manera de arreglar pronto y bien todas las cosas, es substraerlas a la intervención de Abogados, Jueces, Procuradores, Escribanos. Escribientes, Fiscales y Alguaciles. Y nuestro Letrado, que soñaba con enzarzar a media humanidad contra la otra media, para cobrar pingües honorarios, y enriquecerse a costa de los litigantes, se encontró sorprendido con que, con lo que ganaba en un mes, no tenía ni para costearse una fabada.

Y como, al mismo tiempo, todos reconocían en el émulo de Justiniano y de Cortina, condiciones excepcionales para el foro, y se alababan sin reservas sus cualidades de inteligente orador, polemista acerado, y atrevido pica-pleitos, surgió espontánea la consecuencia de que si Juan Reyes no tenía ambiente ni campo en Oviedo, los tendría y colmados, por ejemplo, en un Madrid.....

Así, también, hubo de reconocerlo, nada menos que el Arcediano D. Juan de Dios Folgueras, a quien Juan Reyes, considerándose ya cuñado suyo, visitaba con frecuencia.

El pimpante mayorazgo se percató, asimismo, de lo conveniente que era no enterrarse en Oviedo, y tras de pensarlo mucho, aunque con celeridad, lió sus bártulos, renunció a hacer oposiciones, y regresó al Castañar para pasar con sus padres quince días, y preparar su viaje definitivo a la Corte, donde él estaba ciertísimo que le aguardaba, con los brazos abiertos de par en par, la esquiva diosa Fortuna.....

Maldita la gracia que hizo a Covadonga una

modificación tan radical del programa primitivo. Pero, eran tales y tan convincentes las razones que abonaban el viaje a Madrid de su novio, que acabó por conformarse, aceptando la nueva tentativa como una prueba a que la sometía, para aquilatar la solidez de su fe, Dios Nuestro Señor. Bebió, decimos, del cáliz de la amargura, y lloró y temió, presintiendo complicaciones y dificultades. Tenía un concepto de Madrid y sus peligros, que difería poco del de el infierno y sus hogueras.....

Covadonga, al decir de los que, por entonces, la veían, podía, sin embargo, afrontar los riesgos de su alejamiento de Juan Reyes. Estaba en todo el apogeo de su bonitura, y tenía a su novio como loco. Parecía una flor. Su cara fresca, rozagante y de perfectísimas y clásicas facciones, irradiaba deslumbradora claridad. Arrebatava de hermosura. Su cuerpo semejava una escultura, de las que se hacían antes de inventarse el modernismo. Su fama de guapa se extendía por toda la comarca y, a lo mejor, iban a Navia, los Domingos, y sólo con la es-

peranza de admirarla, jóvenes que residían en los pueblos más lejanos.

Elia, no obstante, y a pesar de reconocer sus propios méritos, porque no era ciega, se veía en el espejo, y se daba cuenta de la calidad de su valer, no las tenía todas consigo, y dudando de la fidelidad y la constancia de su Juan en Madrid, presagiaba una catástrofe.....

Cuya posibilidad negaba en redondo Juan Reyes. Creía sinceramente que estaba enamorado, y no admitía, ni en hipótesis, las dudas que atormentaban el corazón de Covadonga. Hasta lo tomaba a risa, jurándola, después y por lo más sagrado, que no había venido al mundo, ni vendría, la mujer que le arrancara el cariño de su amada. Más o menos pronto, según las circunstancias, se casaría con la preciosa Covadonga, y aun empeñaba su más solemne palabra de honor de que, si por algún improbable, casi imposible percance, no se casara con ella, no se casaría con ninguna otra mujer, aunque fuese emperatriz o dueña de una fortuna fabulosa. O de Covadonga, o de nadie. Tal era su lema.

La víspera de la fecha fatal en que Juan Reyes tomó rumbo hacia Madrid, tuvo lugar la despedida de los novios. Aquella vez fué más dolorosa y triste que las otras.

Covadonga y Juan Reyes, alargaron su postrer paseo por el campo, llegando hasta la Capilla de Santa Ana, que hay en Jarrio, y fué, en los tiempos heróicos, hospital de los Templarios.

Diluviaba y, los dos enamorados, caminaban cogidos del brazo, y guarecidos por un solo paraguas. Detrás de ellos, siguiéndoles, como sombras encorvadas por la pesadumbre de la misma pena, marchaban lentamente su madre Doña Julia y Martina.

Empapados en agua, llenos de barro hasta las corvas, entraron en la capillita que, a la sazón, estaba solitaria, obscura y silenciosa. Allí se hincaron los cuatro de rodillas, y rezaron poseídos de emoción y de congoja..... Solo Dios sabe lo que le pediría cada uno de los cuatro, pero no es aventurado suponer que coincidieron en impetrar del Todopoderoso un viaje feliz para Juan, que en Madrid no le

abandonase su misericordia, y que tornase pronto, y para siempre, a Asturias.....

Covadongalloraba como una Magdalena..... Parecía, derramando lágrimas, una flor salpicada de rocío..... Apenas si los sollozos que ahogaba en su garganta, la permitían formular sus ruegos y promesas.

Transcurrió de esta manera un rato. A la luz indecisa, más bien penumbra, que reinaba en la capilla, se veían confusamente los altares, las imágenes embutidas en sus ornacinas, los barquichuelos de pesca en miniatura, los remos, redes y aparejos que pendían, como ex-votos, de la bóveda, y las estaciones del sagrado Vía Crucis. Sólo se oía el incesante chapotear del agua sobre las vidrieras y sobre las losas del atrio.....

Y en medio de aquella quietud y aquel silencio, tan propicios a los desbordamientos del alma, sonó el toque de oración.

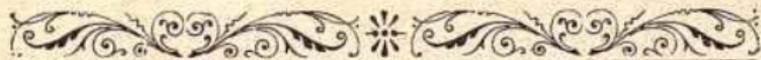
Juan Reyes tuvo, entonces, un rasgo..... Cogió a Covadonga de una mano, la ayudó a ponerse en pie, y llevándola ante el Cristo de la Agonía que gime en perpetua soledad, jun-

to a la entrada del templo, elevó su mirada hasta la imágen, y alzando también la voz, sin soltar a Covadonga, dijo con entereza que pareció salirle del corazón:

—Pidamos a este Divino Señor, que yo viva..... Porque mientras yo viva seré tuyo..... Y por esas sagradas llagas que eternamente manan sangre, te juro, Covadonga, que seré tu esposo..... sin que nadie, más que su voluntad, pueda impedirlo.....

Covadonga, sintió que la flaqueaban las piernas, pero que un bálsamo dulcísimo, saturado de esperanzas, inundaba su ser y reanimaba su espíritu.

Cayó de hinojos ante el Crucificado, se levantó de nuevo para besarle varias veces los divinos pies, y, sobre los mismos pies templados y aromatizados por Covadonga, con sus labios y su aliento, besó también Juan Reyes.....



## VIII

### La tormenta

Los que sostienen que cuanto sucede en este mundo está escrito de antemano, y tiene que ocurrir fatal e inexorablemente, como creen los musulmanes, y hubiera seguido con atención y de cerca el rápido encumbramiento de Juan Reyes en Madrid, habrían podido añadir un caso más a los ejemplos con que tratan de demostrar la certeza de sus teorías. Sí. Debía estar escrito.

El mayorazgo del Castañar había nacido para vivir en Madrid.

Tomó tierra en seguida y se aclimató a las costumbres de la Corte inmediatamente. Un aficionado a las metáforas, dijo de él que era como esos pececillos que nacen por casualidad en las rías, y que, de repente, arrastrados por una marejada, entran en el mar y se hacen grandes como tiburones...

Ya lo decía él mismo. Vivir en Madrid es la única manera concebible de vivir. ¡Qué diferencia con la monótona existencia que arrastraba en su lóbrego casón del Castañar!.....

Se matriculó en la Universidad, so pretexto de que necesitaba doctorarse, pero, en realidad de verdad, para hacer conocimientos y adquirir relaciones que utilizar en su provecho. Con idénticos propósitos, se hizo Académico de la de Jurisprudencia. Y, finalmente, valiéndose de las cartas de recomendación de que le había provisto el bondadoso Don Fermín Cañellas, solicitó y obtuvo ser admitido de pasante en el bufete de D Luis Díaz Cobeña.

Prodigiosamente activo y hábil, se hacía

presentar a cuantos asturianos de elevada posición residían en la Corte, esgrimiendo contra ellos la condición de *paisano*, y con la protección de uno de ellos, alcanzó plaza de redactor en el *Boletín de Administración Local*, que, a la sazón, dirigía el eminente publicista D. Demetrio Herrero. Y, no más que un mes después, fué admitido en la Redacción del *Heraldo*, donde hizo su aprendizaje de periodista rabiosamente liberal.

Aprovechando con su habilidad característica las ausencias de algunos compañeros, asistió, substituyéndoles, a los estrenos de teatros de segundo orden, y ante la necesidad de transmitir al público, el éxito o el fracaso de las obras, escribió varias críticas, que se hicieron notar por lo cáustico y agresivo del lenguaje.

Al poco tiempo, hubo de perpetrarse, en Madrid, un crimen vulgarísimo y en el que todo aparecía más claro que agua pura. Juan Reyes pidió, en el acto, que le encargaran de la información del crimen, y a los ocho días

de despacharse a su gusto, dejando volar la fantasía y la pluma, el crimen adquiriría proporciones y ramificaciones gigantescas, encarcelándose y empapelándose a todos los vecinos de la calle en que había sucedido el hecho, contagiándose los demás periódicos, que dedicaban columnas y columnas al suceso, vendiéndose el *Heraldo* por millares, publicándose infinidad de hipótesis, pistas, deducciones y denuncias, trabajando la Policía como no había trabajado desde el crimen de Higinia Balaguer, y estando Madrid enteropendiente de lo que inventaban los diarios..... mientras el autor del sencillísimo homicidio, escribía desde Bayona a Juan Reyes, agradeciéndole que hubiese armado el lío que a él, al criminal, le permitía largarse desapercibido a Méjico.

La ruidosa tempestad, levantada en un vaso de agua por la habilidad maquiavélica de Juan, le dió renombre de ingenioso e inapreciable periodista, de *chico de la Prensa* prodigioso para cuantos diarios viven de malignas reticencias, campañas de desorden y

difamación, y escándalos de los que no se evitan más que con dinero.

Uno de los entonces farautes del *Heraldo*, el enciclopédico y cosmopolita Saint-Aubin, aconsejó a Juan Reyes que aprendiese esgrima, porque si a sus condiciones periódicas añadía la de matasiete, podría llegar fácilmente a las más altas posiciones. Y, en efecto, insultando a unos y desafiándose con otros, se las arregló de modo que fué, en breve espacio de tiempo, Concejal republicano del Ayuntamiento de Madrid, Teniente Alcalde del Distrito de Palacio y persona saliente y de influencia con los Gobiernos liberales.....

De ideas avanzadas, casi nihilista, anticlerical hidrófobo, enemigo de la paz. y sintiendo aversión instintiva y enconada contra la Guardia Civil, la Policía y cuanto representase autoridad y orden, subió como la espuma, y era solicitado y temido de los políticos de entonces.....

El primer verano que volvió a pasar un par de meses en el Castañar, junto a sus atribulados padres, volvió hecho un personaje.

Hinchado de vanidad, para lucir su encumbramiento, fué a visitar en seguida a la familia de Folgueras, a la que ya miraba con aires de misericordioso protector. Pero, tanto a la madre de Covadonga, como a ésta, les ratificó el propósito de santificar sus relaciones en cuanto las circunstancias se lo consintieran. Lo que había subido, era prenda y augurio de lo que todavía había de subir, y todo aconsejaba que no tomara estado, hasta no lograr completas sus aspiraciones.

Algo, y aun algos, se discutió en *San Pelayo* el ideario de Juan Reyes, reprobándole su incredulidad, su fanatismo antireligioso, y sus propagandas anarquistas, llegando a decirle Covadonga que tenía esperanzas de volverle al buen camino, sobre todo en lo fundamental, y que, de no conseguirlo, ella no estaba dispuesta a casarse con un hombre que se jactaba de no creer en Dios (aunque llevaba los bolsillos llenos de amuletos), que aborrecía las iglesias y los curas, y que en cuanto escuchaba algo que trascendiese a piadoso, se ponía a tararear la Marsellesa.

Pero, como todo esto que decía a su novio tan en serio, lo decía, como es natural, sin taparse la cara ni esconder el cuerpo, y todo ello era tan bonito y enloquecía a Juan Reyes, el feroz propagandista se amansaba, simulaba que se enternecía y, casi sollozando, aseguraba a Covadonga que él, por ella, era capaz de todo, y que, en cuanto fuese su marido, la obedecería, ciegamente. Con lo cual, al afecto que para Juan tenía Covadonga, vino a añadirse el incentivo que, según Octavo Feuillet, arrastra a las muchachas buenas a enamorarse de los hombres malos, o sea el de soñar con el triunfo, ilusorio las más de las veces, de su conversión.

Alejado, además, Juan Reyes de Madrid, y frente a frente de su amada, experimentaba una sincerísima delicia. Ante todo, Covadonga le gustaba a morir, y, después, la sabia llena de virtudes, dotada de grandes méritos, hacendosa, y con la mar de habilidades domésticas que, los hombres egoístas, tenemos siempre muy en cuenta..... ¡Indiscutiblemente, aquella mujer sería la suya!.... Le

*convenia* por infinidad de motivos y razones.....

No obstante, ¡había que esperar!.... ¿No preferiría la misma Covadonga, casarse, por ejemplo, con un Diputado a Cortes, que no con un Concejal, siquiera fuese socialista?.. .

Precisamente el Jefe de la extrema-izquierda liberal, le había ofrecido, al despedirse de él en Madrid, regalarle el acta de Gaucin, Distrito que no solo no costaba un céntimo, sino que los producía en abundancia con la venta de los corchos, en Cortes de la Frontera y otros pueblos de la serranía, que tienen montes enteros profusamente poblados de alcornoques, y cuyas ganancias solían alcanzar al Diputado.... ¡Solo con lo del corcho (le había asegurado), cobrará usted más de treinta mil pesetas!.... a lo que puede añadir lo de los consumos, lo que se saca de los presupuestos municipales de los pueblos, las guías de caballerías, el juego de los Casinos, las multas, y los demás *Gajes del oficio* que usted ha de saber aprovechar.

Tampoco gustó mucho a Covadonga aque-

lla enumeración de ingresos, de moralidad dudosa, y cuya percepción acariciaba Juan Reyes.

Pero, lo evidente, aún no teniendo en cuenta la cuestión financiera, era que había que esperar. Tampoco Covadonga se avenía a cargar con la responsabilidad de entorpecer la carrera triunfal del que, en fin de cuentas, iba a ser su esposo.

Y por último (no en vano Juan Reyes era un sutil abogado capaz de demostrar que el vino de Champagne no es mortífero veneno), todas las objeciones y quejas de la pobre Covadonga, sus inquietudes y recelos, sus pavores por las ideas disparatadas de su Juan, se venían con estruendo al suelo, en cuanto Juan tomaba la palabra y la hacía ver que el día era noche, y viceversa. Un torpe, en la situación de Reyes, hubiera tenido que terminar con Covadonga o claudicar de sus convencimientos. Juan Reyes, elocuente, listo y audaz, no sólo no terminó entonces con ella, sino que la dejó convencida, resignada, segura de que se casaría con él, y sería muy

feliz, y soñando con el día venturoso de unirse, ante Dios, con aquel hombre que, hablándola, la enloquecía, y cuyas cartas, que ya formaban un montón, se complacía en releer, pareciéndole que era lo más inspirado y maravilloso de cuanto en el mundo se había nunca escrito.....

Y así con estas idas y venidas, con los altibajos que quedan referidos y otros de menor cuantía, transcurrieron aquel verano, y el siguiente invierno, y el verano próximo-inmediato, y el invierno después.....

Y aunque Juan Reyes no mostraba la menor vacilación, ni retiraba su palabra, la concertada boda no se divisaba ni en la más remota lontananza.

La situación de la preciosa muchacha (a la que por supuesto no faltaban pretendientes, que la incitaban a plantar a Juan Reyes), llegó a ser tan desagradable y violenta que, el dignísimo y venerable Arcediano de Oviedo, que, hasta entonces, no había querido mezclarse para nada en el asunto, creyó, de su deber intervenir, para aclarar y decidir

el problema. A tal efecto, escribió una carta reservada, a su gran amigo el General Primo de Rivera, con quien tenía intimidad por haber sido compañero suyo en Cuba, solicitando de él que le informase respecto de la situación *verdad* del novio de su hermana y, si fuera posible, de lo que se dijera en Madrid, de sus proyectos.

La respuesta del General tardó bastantes días en llegar a Oviedo, pero, llegó al fin, y descargó un golpe mortal sobre el corazón del digno sacerdote. Conocía mucho y trataba bastante el General a Juan Reyes, de quien no sabía nada deshonroso ni malo, pero con la franqueza que debía a quien se había batido junto a él en la manigua, tenía que decirle que, *la persona por quién le preguntaba*, vivía en Madrid fastuosamente, aunque nadie supiera de donde le viniesen las rentas para ello. Su existencia era un misterio, porque gastaba sin tasa y alternaba con lo mejor de la Corte, vistiendo y comiendo con lujo, jugando en el Casino y en la Peña, yendo siempre en coche, y viéndosele en todos los

Teatros. Hasta en el restaurant del Congreso, que visitaba a diario, eran populares sus generosidades y larguezas. No tenían límites ni su esplendidez ni su boato. Y el General, como tantos otros, más de una vez había intentado averiguar de donde le llovían tantas Misas al distinguido personaje, sin obtener otra respuesta que la de que era un hombre que se dedicaba con fortuna a negocios.... Y, para que el Arcediano lo supiera todo, (y esto fué la puñalada que hirió en lo más íntimo al hermano de Covadonga), era público y notorio, que, Juan Reyes, mantenía relaciones, muy formales, con la hija mayor de un Escribano, Secretario de Juzgado y ladrón, pero riquísimo.....

Así que leyó la carta de Primo de Rivera, el Arcediano, se presentó de improviso en *San Pelejo*, se encerró en su despacho con la desventurada Covadonga, y, dos horas después, los dos hermanos, salían al comedor, muy tristes y cavizbajos, con los ojos encendidos y húmedos como de haber llorado amargamente y mucho.....



## IX

### **La hecatombe**

No hay para que, ni viene a cuento, seguir circunstanciadamente, paso a paso, y por espacio de un cuarto de siglo, la vida agitada, intensa y olvidadiza (respecto de su novia), de Juan Reyes, en Madrid. De ahora en adelante, pues, abreviaremos todo lo posible, en obsequio de los buenos amigos, que tengan la santa y abnegada paciencia de leernos.....

Él, en Asturias, obscuro mayorazgo y, después, influentísimo cacique, y en la Corte, personaje político de postín, relumbrón y

porvenir, fué, cierto día, sorprendido con una carta de Covadonga en la que, sin referirse esta para nada a la otra que obraba en poder del Arcediano, le conminaba formal y concretamente, a que la dijera, en serio y de una vez, cuales eran sus propósitos.

El amigo Reyes, personificación de la viveza, supo leer entre líneas que, en *San Pelayo*, había sucedido algo, y no precisamente en favor suyo..... Y con la mayor frescura, se anticipó a cuanto en su contra pudieran haber dicho a Covadonga, rebatiéndolo todo con habilidad, y reiterando, por milésima vez, la retahila bien urdida de sus jamás cumplidas palabras. Para demostrar en fin, a Covadonga, la sinceridad, honradez y lealtad, con que, en aquella ocasión, la escribía, y hacerla ver cuan distinto es lo que se murmura y se propala, de la verdadera realidad, la *descubría* y confiaba que, sin motivo alguno para ello, corría por Madrid la especie de que él, estaba para casarse con la hija de un Escribano, Secretario de Juzgado y, por consiguiente, varias veces millonario (a costa

de lo que todo el mundo sabe), con cuya muchacha no tenía otras relaciones que las de una amistad superficial. Aquella superchería que, de puro absurda, no quería descender a desmenuzar y desmentir, le proporcionaba nueva coyuntura para renovar, a Covadonga, su fidelidad al compromiso contraído ante los pies del Crucifijo de la Capilla de Santa Ana, y la ratificación del juramento, de que, o se casaría con ella, única mujer que amaba, o no se casaría nunca.

En honor de la verdad, esta última parte es lo único que cumplió Juan Reyes, quien hoy día de la fecha, aún continúa soltero.....

Pero, nuestra triste heroína, no creyó ni dejó de creer lo que su informal prometido la escribía. Estaba como hastiada de tantas promesas falaces, tantos plazos renovados, tantas proposiciones que se evaporaban..... Y demasiado buena para rebelarse, hizo como que se conformaba, y continuó aguardando, con el mismo estoicismo con que los israelitas esperan al Mesías.

Y así, aunque parezca inverosímil, pasaron años..... casi veinte, que, para la pobre Covadonga, eran como lustros.....

Juan Reyes solía ir a Asturias en la época infame, puerca y canallesca del verano, y, desde que se instalaba en el Castañar, con la majestad de un reyezuelo, a quien iban a rendir pleito-homenaje to los los mangoneadores de Municipios y concejos asturianos, no dejaba transcurrir una semana, sin dedicar alguna tarde, a *San Pelayo*, donde era recibido con la afable cortesía que es patrimonio de sus moradores.

Durante aquellos años de continua y fatigosa espera, de repentinos pero pasajeros arrebatos, de inacabables dilaciones, de frialdades sin explicación posible, de lapsos de tiempo prolongado en los que los novios tenían interrumpida hasta la correspondencia epistolar, de porfias entre que sí y que no, y de que en el otoño, y de que en el verano... murieron, el padre de Juan Reyes, y la madre de Covadonga, desgracia esta última, que decidió al Arcediano a dimitir su pre-

benda y recluirse en *San Pelayo*, con sus dos hermanas.....

Mientras tanto, Juan, entregado por completo a la política, y a los negocios que con la política se hacen, viviendo como un príncipe, y recibido con aplauso en todas partes, llegaba a ser Gobernador Civil de Barcelona, Diputado a Cortes, Director General de Correos, Sub-Secretario de la Presidencia y, finalmente, Ministro de Gracia y Justicia en un Gabinete presidido por Maura.....

Por cierto que, inmediatamente de jurar el cargo, en Palacio, de rodillas, y con las manos puestas sobre los Santos Evangelios, el antiguo revolucionario y ateo, aprovechó la presencia, en su casa, del Nuncio de Su Santidad, que fué a entronizar en ella el Corazón de Jesús, para proponerle a D. Juan de Dios Folgueras, como Obispo de Vitoria, no llevando adelante las negociaciones, por la negativa rotunda y reiterada del interesado, que le telegrafió y le escribió negándole el derecho de *perturbar todavía más* (así decía la carta), la paz cristiana en que vivía,

y que él menos que nadie, había de cambiar.....

Fué un motivo, más, aquella peripecia, para que las relaciones de nuestros amigos se debilitaran y esfumarán hasta quedar reducidas a la sombra impalpable de un vago y confuso recuerdo.....

Como que se sucedían aniversarios y fiestas, cumpleaños y Pascuas, sin que se cruzara ni una mísera postal entre el vergel de *San Pelayo* y el número 62 de la calle de Velázquez, en cuyo magnífico piso principal, residía Juan Reyes.....



## X

### A Buenos Aires

Después de Río Janeiro, Nápoles y Constantinopla, quizás no haya otro puerto en el mundo que pueda aventajar, por lo teatralmente pintoresco, al hermoso de Lisboa. Así lo dijo Lord Byron, y así lo reconocen cuantos ven la bahía del Tajo, circundada de un anfiteatro de colinas cubiertas de jardines, que, por el número, evocan las de Roma.....

Muy a la entrada del puerto, había aquella madrugada fondeado el magnífico barco alemán *Cap-Polonio* al que rodeaba un enjam-

bre de lanchas y de vaporcillos, que llevaban y traían al poderoso trasatlántico, carbón, carga general, pasajeros, y curiosos.....

Dentro del vapor, que parecía un hormiguero, se agitaban cuantos, por diferentes motivos, se encontraban a bordo. Los viajeros de primera, muellemente tendidos en sus largas butacas de regilla, enfilaban sus gemelos a las mil bellezas que les descubría el sugestivo panorama, o tomaban sobre cubierta el sabroso desayuno que les servían solícitos y lujosamente uniformados camareros; los que viajaban en segunda clase, asomados a las bordas, distraían su tedio con el movimiento del puerto, poblado de navíos; y en la tercera cámara, se agolpaba y bullía muchedumbre heterogénea y abigarrada de emigrantes.....

En ésta cámara, situada en la proa del buque, iba un pasajero que parecía ensimismado y ajeno a cuanto a su alrededor sucedía..... ¡Era Juan Reyes!....

Recostado en las costillas de una falua salvavidas, tenía la vista inmóvil y fija en tierra, contemplando las alturas de *Nuestra Señora*

*de Gracia y San Vicente*, por encima de las cuales, volaba su pensamiento hasta llegar, con la imaginación, a Asturias, y entrever su casa del Castañar, con las estancias desmanteladas y frías, albergue todavía de su madre, que, a aquellas horas, lloraría la huída del hijo ausente, su abandono y su pobreza..... Y, también, el humilde vergel de *San Pelayo* residencia de la bien acomodada familia de Folgueras.....

¿Recibiría su carta Covadonga?..... ¿Le contestaría?.....

Estas ideas inquietaban y mortificaban, al hasta pocos meses antes encopetado personaje de Madrid.....

Ni siquiera se decidió a desembarcar, y dar un paseo por Lisboa.....

Pasó todo el día como sobrecogido y asustado..... Aún temía que le detuvieran, cortándole el viaje.....

Y cuando, por la tarde, la sirena del vapor, roncó con estridencia, y la enorme mole del barco se puso en movimiento, Juan Reyes, abrumado de fuertes emociones, mirando por

última vez a los montes, detrás de los cuales está España, recordando a su madre..... y juntando a su recuerdo el no menos caro para él, de Covadonga, se echó a llorar como un chiquillo y, para que no le vieran, se escondió en su camarote, a tiempo que, el *Cap-Polonio*, abandonaba la bahía de Lisboa, y enderezaba su ruta hacia el archipiélago Canario.

\* \* \*

Hacia infinidad de tiempo que nada se sabía en *San Pelayo* de Juan Reyes, (salvo lo que de él decían algunas veces los periódicos), cuando, de improviso, inesperadamente, y en las circunstancias que narramos al principio de este libro, llegó, a deshora, la angustiada y lastimera carta de Lisboa que, también reprodujimos.

¡Aquella carta desesperadísima en la que, el emigrante, lloraba sin consuelo por el abandono y la escasez espantosos, en que dejaba a su madre, octogenaria, enferma y desvalida!.....

Y hubimos de añadir que, en *San Pelayo* se dejó pasar la noche, sin que ninguno de los tres Folgueras resolviese nada.....

Al día siguiente, sin embargo, Covadonga, que no se había acostado aquella noche, y que aguardaba insomne el despertar de su hermano, tan pronto como le oyó rebullir, y notar que se vestía, se apostó a la puerta de su alcoba y, en cuanto le vió salir, le rogó que le escuchara en confesión, porque quería comulgar.....

D. Juan de Dios, la contempló un momento con expresión de infinita ternura..... Y ambos se dirigieron, pausadamente, hacia la Capilla.....

Allí, a la luz indecisa del alba, confesó y comulgó devotamente Covadonga, y apenas concluyó de dar gracias al Altísimo, sin componerse ni desayunarse, con extraordinaria priesa, bajó a la cuadra, aparejó por sí misma un caballo, montó en él con la gallardía y la destreza de una valerosísima amazona, y, a galope tendido, como si aún tuviera treinta años, cruzó de parte a parte el valle, atravesó

Coaña, pasó sin detenerse por el Espín, salvó el puente, y entró en Navia. a tiempo que amanecía un día esplendoroso que sugería ensueños de esperanza . . . .

Covadonga, se apeó ante la Oficina de Telégrafos, y entrando en el Despacho en que bostezaba y se desperezaba un mozalbete, hizo cursar, con carácter *urgente*, el siguiente telegrama:

*Santa Cruz de Tenerife.*

Don Juan Reyes.

A bordo del *Cap-Polonio*.

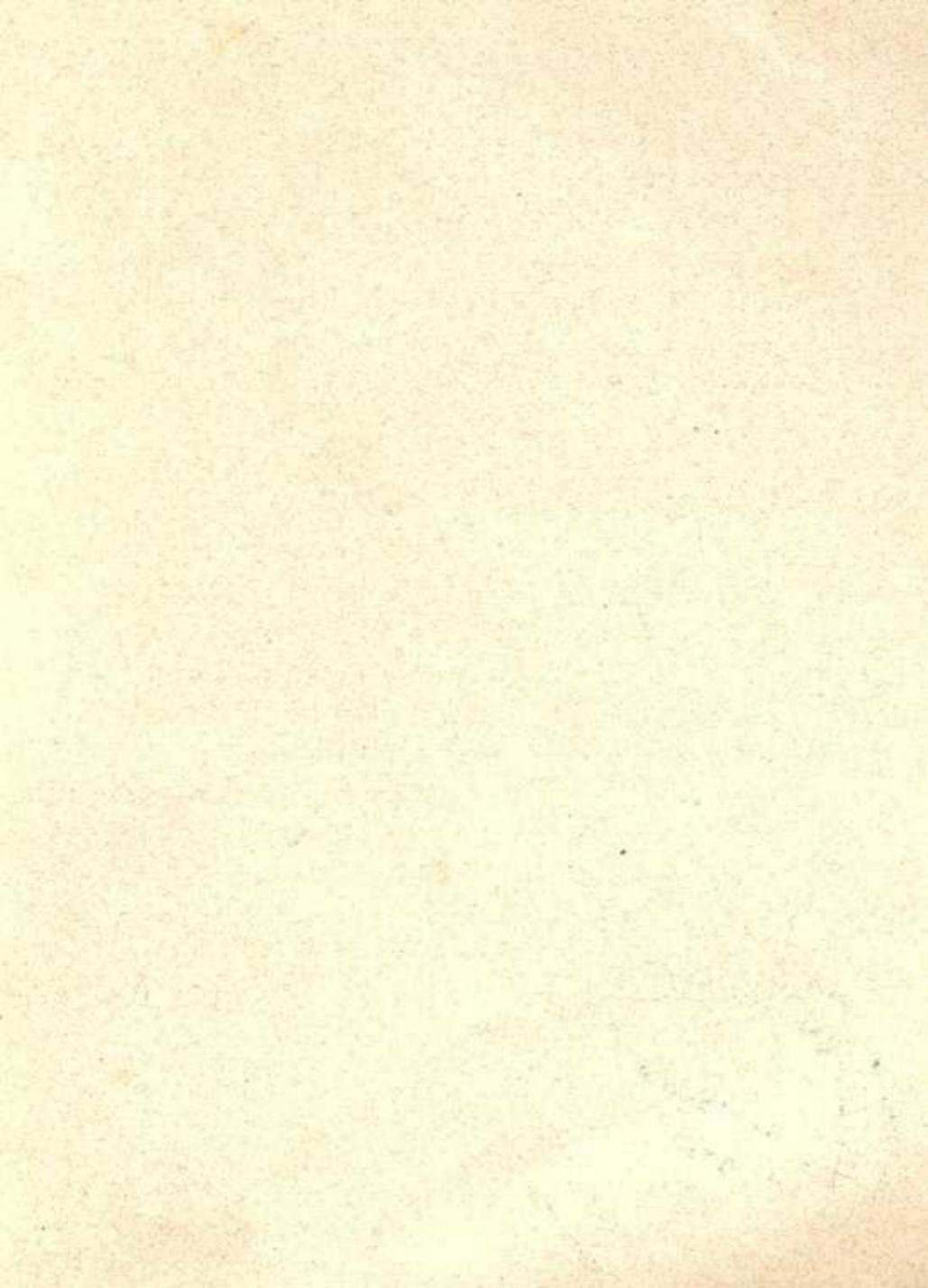
Compañía Hamburguesa.

«**Recibida tu carta.—Nada temas por  
»tu madre.—Desde hoy mismo, y para  
»siempre, vendrá a vivir con nosotros.—  
»La cuidaré como si fuese su hija.—Dios  
»vaya contigo.»**

Covadonga.

FIN









IMP. J. F. ARIAS

PLAZA MAYOR, 16

: : : MADRID : : :